

Explosión

Pablo Díaz Espí

MECÍA EL COCHECITO DE MARY JANE EN OCEAN DRIVE Y PENSABA EN NIÑOS; AL mismo tiempo, sentía las gomas aplastar contra el suelo de cemento los granos de arena y veía el sol restallar entre las pencas de los cocoteros, ante el mar inmóvil, todo brillante e inflamado como en el segundo antes de una explosión, o más bien como *durante* una explosión, pues así de intensos eran mis pensamientos, mis disquisiciones sobre niños, tan intensos que sólo faltaba que en las esquinas del horizonte y arriba, por entre las nubes, aparecieran esas caritas rechonchas y esos rizos que soplaban los vientos en los viejos mapas, sólo faltaba eso, y que se inmovilizara el cochecito de Mary Jane y todo se volviera una de esas postales modernas, coloreadas al estilo retro, en la que un hombre gordo con camiseta y bermudas y sandalias, mece el cochecito de su hija frente a los edificios sin sombra de Ocean Drive.

Estaba pensando en niños, digo, porque mi hermana acababa de mandarme unas fotos de su hija de dos semanas, mi sobrina, una niña que te miraba con los ojos vivos de mi madre, abiertos sobre unos cachetes que, contaba mi hermana que le había dicho el pediatra, se debían a que ella, en vez de leche, parecía tener arena en los pechos; mi hermana, que apenas un rato antes había dejado yo en Cuba hecha una niña ella misma, con zapatos ortopédicos y varillas de aluminio hasta las rodillas, que por imitar a mi abuela rezaba cada noche pero en vez de frente a una virgen frente a un retrato de Lenin, que no había podido venir para Miami con nosotros porque el padre y la familia del padre, vueltos comunistas para apropiarse de lo ajeno, no le habían permitido a mi madre que la trajera; mi hermana que hablaba por las noches y se orinaba en la cama y que luego se hizo comunista ella misma —que aunque me asegurara en sus cartas que no era así, yo me daba cuenta por la manera que tenía de decir ciertas cosas, por como soltaba frases tipo *todo aquí no es tan malo como tú piensas* o *tú hace tiempo que te fuiste*, o porque me indicaba que le mandara las cartas a la dirección de una amiga, o porque me explicaba que aunque tuviera el carné de la Unión de Jóvenes Comunistas eso no significaba nada, algo que de verdad no sé cómo puede entenderse—, pero en fin, ella trataba de explicármelo en esas cartas de papel amarillento, donde apenas se

podía leer porque la tinta de la cara se mezclaba con la de la contracara, en las mismas cartas en que me pedía dinero para poder comprar leche para que, cuando naciera, su niña tuviera esos cachetes que tiene, cachetes de arena, como los de Mary Jane, un comentario que ella hizo con orgullo, como con orgullo me había mandado un mensaje apenas una hora antes mi amigo Jeremy, mientras yo me preguntaba en qué emplearía el dinero con que mi hermana había comprado la leche ese gobierno corrupto y asesino que manda en ese país donde nació; un mensaje desde Nueva York, el de Jeremy, en el que decía: *Hola, soy Seth, acabo de nacer en el Mount Sinai Hospital, peso 8 libras, mido 20 pulgadas y te mando un saludo de parte de mis padres*, y que era otra de las razones, una más de las tantas razones por las que yo estaba sumido en mis pensamientos infantiles, en mi intento de volver a reconocer el mundo desde un par de ojos vírgenes —una pelota de peluche, agua, un gato—, preguntándome al mismo tiempo a qué se debía esa explosión de fertilidad en mi generación y no sólo en mi generación, acordándome de cómo era todo cuando yo mismo era niño, allá en Cuba, y no me sabía acordonar los zapatos, y para dormir la siesta en uno de esos círculos infantiles con nombres de bandidos disfrazados de héroes revolucionarios me los tenía que quitar sin que luego pudiera ponérmelos de nuevo; o años después, ya a punto de irme, de adolescente, cuando una amiga que abortó me dejó tocarle los pechos que tenía duros y soltaban leche y yo se los toqué sin el más mínimo remordimiento por el asesinato que ella acababa de cometer, y del que además también se mostraba orgullosa, un recuerdo que ahora bastaba para derrumbarme, para hacerme llorar en el salón de mi casa con un vaso de leche en la mano mientras veía las fotos de mi hermana, envuelta en la penuria de Cuba, con uno de sus senos de arena como un planeta morado ante la cara de mi sobrina recién nacida; un mundo, éste de la paternidad, que me cautivaba tanto como hasta ahora nada lo había hecho en la vida, ni siquiera el amor por la cocina que me provocaba *esa gordura descomunal que va a terminar matándote*, por decirlo en palabras de mi hermana; ni tampoco el trabajo en el bufete y dentro de éste el campo en que me había especializado, el de los bienes expropiados en Cuba por Castro y sus pistoleros y que más tarde o más temprano tendrían que ser devueltos a sus legítimos dueños, temática que abordé ampliamente en mi libro *Expropriated Properties in Cuba*, o en el informe *Cuba, a Vision of the Expropriated Properties after the Experience of Eastern Europe*, pues bien, ni tan siquiera la especialidad de mi vida profesional, o el asunto de mi salud, eran capaces de sacarme de ese ensimismamiento tan profundo en que me había sumido el nacimiento de Mary Jane y que luego se había acentuado con otros tantos nacimientos y que me hacía buscar el significado y las consecuencias de ese reguero fértil a mi alrededor, de esa situación inédita que me llevaba a replantearme la vida, a pensar desde una perspectiva netamente de *responsabilidad*, a planear vacaciones y remodelar la casa mientras no dejaba de repetir como un poseo, *somos padres, somos padres*, pensando en todos los que llegamos a la mayoría de edad con el fin de la Guerra Fría (en los que gracias al Señor pudimos observar, en los inicios de nuestra madurez, la caída de las dictaduras

comunistas), en los que aplaudimos cuando los senadores Jesse Helms y Dan Burton propusieron al Congreso de este gran país que son los Estados Unidos de América la ley que significó el inicio del fin de la impunidad en Cuba; es decir, en toda una generación y no sólo una generación, lo que me hacía preguntarme, por ejemplo, si Ana Julia Díaz Cruz, la primera muchacha de la que me enamoré, una muchacha que tenía unos dientes largos y blancos, como de coneja, y unos ojos azules y siempre húmedos, como el topacio del anillo de oro que llevo en el meñique, también tendría un hijo, o si se acordaría de la vez en que le pregunté si quería ser mi novia, aprovechando la confusión creada por la multitud asistente a un acto político al que nos obligaron a ir disfrazados de pioneros, y ella me dio un bofetón en mi cachete de arena y me dijo que cómo se me ocurría decirle aquello en medio de un acto patriótico y echó a correr sin más, algo que tuvo su consecuencia más palpable años después, en un acto menos rimbombante pero en lo que a mí concierne mucho más trascendental, en la iglesia del Corpus Christi de Ferris, Texas, cuando en la ceremonia de la boda con Mary Ann, inconscientemente, la agarré tan fuertemente por la muñeca que le hice un moratón que parecía una pulsera verde.

O sea, que me tambaleaba borracho en esa niebla de dudas y recuerdos absurdos cuando de repente (aunque en realidad tiene que haber sido de una manera bastante lenta, bastante progresiva) apareció ante mí una mujer empujando un cochecito parecido al de Mary Jane, una mujer rubia y delgada con un niño recién nacido al que sólo se le veía la boquita y la naricita y los ojitos cerrados tras los párpados casi transparentes, como de cebolla; una mujer que me dice *Hola* y he aquí que, milagro, yo le respondo, y no sólo le respondo, sino que le pregunto por el nombre del bebé, asombrado de mí mismo, más bien *aterrado* ante mi propia elocuencia, pues nunca he sido capaz de dirigirle la palabra a un extraño, sino que una y otra vez me he escabullido de tal circunstancia con la misma obsesión con que, pongamos, parten de Cuba esos balseros hambrientos y mulatos que no dejan de arribar a nuestras costas; algo que me ha hecho llegar tarde a lugares por no preguntar la hora o perderme por no averiguar una dirección, o que, a menudo, me hace gaguear ante camareros o fontaneros indocumentados, llegados de algún paraje remoto del sur con sus caras de cerámica mal cocida; en otras palabras, que he sudado y temblado ante la perspectiva de tener que enfrentarme a un desconocido a no ser que me encuentre bajo el manto de un tribunal de justicia, donde en cambio siempre he sido decidido e implacable; yo, superando un trauma que sospecho sembrado en mí desde el patriótico plantón que me infligió Ana Julia Díaz Cruz, imponiéndome a mí mismo, evidentemente, gracias al único cambio radical que he experimentado en los últimos tiempos, es decir, gracias a mi recién estrenada paternidad, sosteniendo la manita de Mary Jane y mirando a Tommy, como según su madre se llamaba el bebé; yo, que en las peores pesadillas no he soñado con agentes castistas que me secuestran y me llevan de vuelta a la isla, sino con desconocidos que me dirigen la palabra en la calle; yo o más bien ese hombre gordo en cuyo cuerpo parezco haberme introducido, dejando el mío en el bufete o en

cualquier otra parte, invité a la madre de Tommy a sentarse a mi lado, y de pronto me vi intercambiando con ella datos preciosos, concernientes a la alimentación, los horarios y las costumbres de nuestros hijos, tema que en un momento dado quedó atrás debido a la preocupación de la madre de Tommy sobre cuál sería el primer recuerdo de Tommy, sobre cuándo acontecería ese maravilloso instante en el que el velo entre el subconsciente y la conciencia de su hijo se rompería, como se rompe un huevo (o un himen, pensé yo), dando paso al nacimiento de la memoria; ese instante en que se depositaría la primera piedra sobre la cual se levantaría el edificio de la personalidad de Tommy, y cómo ella deseaba que esa primera piedra fuera de un material noble, resistente y *feliz*, y que como no sabía cuándo se depositaría, no dejaba de esforzarse para que Tommy sólo percibiera cosas bonitas, un esfuerzo que la tiranizaba, que la hacía dormir maquillada a su lado, pero que sin duda valdría la pena, dije, y yo la miré y le sonreí para darle ánimos, y entonces ella me espetó que cuál era mi primer recuerdo, y he aquí que afloró otro efecto causado supongo por mi paternidad, pues sin el más mínimo recato le confesé que no me acordaba de mi primer recuerdo, pero que en cambio sí había una imagen siempre presente en mi cabeza, una imagen que era como una foto fija, un cuadrito a un costado de la película de mi vida, y acto seguido le conté esa imagen, cosa que nunca le había contado a nadie, ni siquiera a Mary Ann, a quien le juré fidelidad en la iglesia del Corpus Christi de Ferris, Texas, el día que le corté la circulación de una mano; y esta imagen es, le dije a la madre de Tommy, sin asomo de gagueo, la de mi padre levantando un puño y empotrándolo con fuerza en la cara de mi madre, y la de mi madre cayendo como una tela húmeda, muy lentamente y en silencio, tan lentamente y en silencio que evidentemente la imagen se había deformado en mi cabeza, se había *corrompido* con el paso del tiempo, pues había sido grabada de una manera muy veloz, ya que al verla yo había escapado corriendo de nuestra casa allá en Cienfuegos, Cuba, y me había quedado en la esquina mirando a una fila de hormigas salir y salir y salir de una pared, y que a pesar de su deterioro, esta imagen se había fijado en mi memoria como con un hierro candente, dije, dispuesto a seguir adelante con mi confesión a pesar de la cara evidentemente azarada de la madre de Tommy, mirando a Tommy no fuera a ser que estuviera despierto y que mi cuento horrible se constituyera en el primer ladrillo de su personalidad del mismo modo que lo era de la mía, pero a mí esto no me importó, porque resulta que poco más de diez años después, dije, casi grité, ya en Tampa, donde nos radicamos al escapar de Cuba, mi padre supuestamente volvió a pegarle a mi madre y ésta cayó y se dio un golpe en la cabeza, borracha como estaba, y murió en el acto, y aunque yo no presencié esa escena en específico, fui capaz de relatársela con lujo de detalles a mi hermana, por la otra escena que años antes había visto y que suponía igual, cosa que también le conté a la policía cuando vino a buscarme al instituto, que por cierto, también eso fue una segunda vez, pues la primera ocasión en que la policía vino al instituto fue cuando ese desquiciado de Mike Fish apuñaló al director y dijo que nos iba a matar a todos con un fusil, le

grité a la madre de Tommy, ya dispuesto a explicarle mis conclusiones de aquello, las conclusiones a las que había llegado mientras crecía en casa de una prima de mi madre aquí en Miami, anciana y sorda, lo que me permitía deliberar en voz alta; conclusiones, las mías, que tenían que ver con nuestro padre perdiéndolo todo y luego yéndose de Cuba, con mi madre y conmigo siguiéndole los pasos años después, con palabras como *inadaptación* y *alcoholismo*, que fue lo que sufrió mi madre por extrañar tanto a mi hermana, cosa que en las crisis le reprochaba a mi padre, gritándole que no había sido Fidel Castro quien impidió que la niña saliera de Cuba, sino él, mi padre, quien había puesto como condición que se quedara si queríamos venir a vivir con él; en fin, conclusiones que si uno iba desgranando, descubría que el origen, cualquiera que fueran las vías, se remontaba a la llegada al poder en 1959 de esos barbudos poco aseados que se autodenominaban revolucionarios, que ese hecho aparentemente distante era el que había descarrilado el tren de mi familia, pensaba yo y estaba dispuesto a contárselo a la madre de Tommy, cosa que no pude hacer a pesar de mi nueva condición de padre, a pesar de la energía que fluía desde la manita de Mary Jane a la mía, *gorda como una goma hinchada*, por decirlo en palabras de mi hermana, porque la madre de Tommy ya se había puesto de pie, sin duda preocupada por ese primer momento en la formación de la conciencia de su hijo, ese momento que yo amenazaba con trastornar, y se alejaba por Ocean Drive tras desearme buen día, y todo lo que pude hacer fue decirle adiós, *adiós Tommy*, agitando la manita de Mary Jane, y verla alejarse con su cochecito mientras yo me quedaba sentado, como en una postal, esperando a que Mary Jane se despertara y me confirmara que seguía envuelto en esa onda expansiva que me parecía sentir tras esa explosión de paternidad y maternidad generalizada en mi generación y no sólo en mi generación, volando, como voló el cuerpo de mi madre cuando la golpeó mi padre, hasta que me dé con un muro que supongo será la pubertad de Mary Jane, su menstruación, pongamos, aunque también la primera fiesta, el primer novio, la licencia de conducción, el *college*, y que todo eso no será otra cosa que un anuncio de mi cada vez más cercana muerte, la muerte de todos nosotros, porque qué son los hijos sino un recordatorio del paso del tiempo, un apéndice cuyo surgimiento nos convierte en un reloj de arena, puesto de cabeza, con el tiempo cayendo grano a grano.